

Laura E. Matthew y Michel R. Oudijk (eds.): *Indian Conquistadors: Indigenous Allies in the Conquest of Mesoamerica*, Norman, University of Oklahoma Press, 2007, XIV + 349 pp., figuras, mapas, cuadros.

Leer a mi manera, capítulo por capítulo, caso por caso, este acertado conjunto de textos revisionistas, me hizo recordar el epígrafe que Karen Spalding escogió para la segunda parte del título de su clásico estudio sobre Huarochirí, hábil análisis (como indica ese subtítulo) de “una sociedad andina bajo el dominio español e inca”. Spalding enfatiza algunas líneas de un poema de Bertolt Brecht, “Interrogantes de un trabajador que lee historia”, que rezan:

¿Quién construyó las siete puertas de Tebas?
Los libros llevan los nombres de reyes.
¿Fueron los reyes quienes acarrearón los ásperos bloques de piedra?
El joven Alejandro conquistó India.
¿El solo?
César derrotó a los galos.
¿No había siquiera un cocinero en su ejército?
Lloró Felipe II cuando su Armada Invencible
fue hundida y destruida. ¿Acaso no hubo otras lágrimas?
Cada página una victoria.
¿A cuenta de quién el baile de la victoria?

Tanto los editores como ellos y los restantes autores de los capítulos de *Indian Conquistadors* plantean los interrogantes de Brecht en amplios contextos mesoamericanos, elaborando una tesis para reconfigurar por completo, si no echar por tierra, la forma de pensar establecida. De este ejercicio, sin duda alguna, surgen avances académicos, así como una reflexión historiográfica radical. El resultado es ubicar una variedad de protagonistas indígenas, no solamente españoles notables, en el corazón de los hechos. El conquistador emblemático de Procol Harum¹ queda relegado entre bastidores; mientras al centro del drama van aquéllos a quienes Eric Wolf² denomina “gente sin historia”, con resonancias “del mundo al revés” estilo Eduardo Galeano.³

1 W. George Lovell: *The Walter Brought a Tray: A Life (of Sorts) with Procol Harum*, Kingston, Ontario, Artful Codger Press, 2007.

2 Eric R. Wolf: *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005 [1984].

3 Eduardo Galeano: *Patatas arriba: La escuela del mundo al revés*, México, SigloVeintiuno Editores, 1998.

Si bien el volumen se inicia con un esquema de Susan Schroeder sobre lo que ella denomina “el género de los estudios de conquista” (p. 5), la discusión de Michel R. Oudijk y Matthew Restall sirve para un propósito introductorio mejor fundamentado. Inspirados por la lectura de “fuentes recién publicadas” (p. 56), Oudijk y Restall identifican no sólo un grupo de protagonistas sino también “cuatro categorías de análisis” en forma de 1) “cantidad de ‘indios amistosos’” y 2) “aliados indios”, que complementaban 3) la “participación no militar” de los espías, intérpretes, tamemes y cocineros, y 4) continuidades “de prácticas y patrones precoloniales” en asuntos relacionados con el comercio y afiliación política (p. 57). Aseguran que “hay otra historia que contar, la cual podremos a veces relatar con mucho detalle”.

Florine G. L. Asselbergs es la primera en condescender, enfocando su capítulo en “tres documentos pictóricos de México y Guatemala que narran las historias indígenas de conquista bajo la bandera española” (p. 65). Dos de las fuentes que esta autora analiza se relacionan con las hazañas de los nativos de Tlaxcala, la ciudad-estado de México cuyo apoyo a Cortés resultó decisivo para la dominación española. Mientras el *Lienzo de Analco* se concentra en la participación de los tlaxcaltecas en la conquista de Villa Alta en Oaxaca, el *Lienzo de Tlaxcala* documenta una participación más generalizada: una versión de esta famosa fuente, ahora parte de los acervos de la Universidad de Glasgow, “guía al lector a través de las batallas en lugares lejanos como la actual Nicaragua” (p. 67). La tercera fuente que examina Asselbergs es el menos conocido *Lienzo de Quauhquechollan*, el cual representa “la alianza entre los españoles y los quauhquecholtecas en 1520” antes de describir “la campaña de conquista de 1527-1530 a Guatemala” bajo el liderazgo de Jorge de Alvarado. Al igual que los tlaxcaltecas, algunos quauhquecholtecas decidieron quedarse en Guatemala al terminar su servicio militar, constituyendo de esta manera “ejemplos de una serie de colonias satélites fundadas por conquistadores del México central en toda Mesoamérica” (p. 71). Las decisiones de ponerse al lado de los españoles durante las primeras agonías de la conquista conllevaban implicaciones más allá del momento y el lugar donde se originó la confabulación.

Le sigue el capítulo de Laura E. Matthew. “¿La conquista de quién?”, cuestiona la editora. Su respuesta se basa en la contemplación “del grado de participación nahua, zapoteca y mixteca en la conquista de Centroamérica”, llegando incluso a preguntarse “si acaso la consideraron, contemporáneamente o en retrospectiva, como una conquista española”. Matthew sitúa “a los nahuas y a otros grupos no mayas en el primer plano

de los hechos en vez de tratarlos como un coro de segundo plano” (p. 103). Una fuente importante del Archivo General de Indias de Sevilla —los documentos del legajo Justicia, 291— proporciona a Matthew una mezcla de voces alternativas, lo que indica que “estos conquistadores indígenas tenían metas, métodos y experiencias más bien diferentes de los que los cronistas españoles posteriormente les atribuyen” (p. 104). Después de las revelaciones de esta autora, Robinson A. Herrera nos informa sobre el papel que desempeñaron las mujeres en moldear el curso y resultado de la conquista, especialmente las situaciones en que la nobleza femenina se involucró en “uniones íntimas” como “concubinas y esposas” (p. 127) en Guatemala durante el siglo XVI.

Ida Altman traslada el enfoque espacial al norte, a Nueva Galicia, para su relato de la “conquista, coerción y colaboración” en estas regiones problemáticas. El Noroeste de México es también el escenario de la investigación de Bret Blosser acerca del servicio de los flecheros como milicia asimilada en la frontera de Colotlán. Así, Altman indica que “grandes ejércitos de supuestos ‘indios amigos’ reclutados en el México central y Michoacán” fueron destacados para pelear “dos guerras de conquista” en “poco más de una década”. Los conscriptos para la primera campaña, tanto voluntarios como forzados, estaban sujetos a las “tácticas de mano dura” de Nuño de Guzmán, cuyo saqueo de Nueva Galicia desencadenó un levantamiento conocido como la Guerra del Mixtón (1540-1542), que acabó con la vida de Pedro de Alvarado, uno de los conquistadores más rapaces. El español encargado de aplastar la rebelión, lo que de hecho ocasionó la segunda campaña, fue el primer virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, “quien hizo uso de mayor diplomacia en su trato hacia los aliados indígenas”. Altman manifiesta que “en ambas campañas es posible identificar ciertos objetivos y acciones de los ‘indios amigos’ que eran por lo menos parcialmente distintos de aquellos de los españoles” (p. 147). Blosser, por su parte, observa que, a partir de finales del siglo XVI, la “influencia política que otorgaba la notable capacidad militar de las poblaciones indígenas” (p. 305) les concedía la oportunidad “de asegurarse extensas parcelas de tierra, de defender las tierras comunales de la invasión de los colonizadores españoles y, por lo menos en una ocasión, de influir en la destitución y nombramiento de funcionarios españoles” (p. 309). El capítulo de Blosser es, quizás, el más novedoso de la colección.

En “Aliados olvidados”, John F. Chuchiak IV pone de relieve la participación fundamental de “los auxiliares nativos mesoamericanos y los

indios conquistadores” (p. 177) en Yucatán durante el segundo cuarto del siglo XVI. Critica a cuatro eminentes investigadores del Yucatán colonial—Cristina García Bernal, Nancy Farriss, Grant Jones y Robert Match—por su fallo al no “dedicar más que unos pocos párrafos superficiales” al asunto. “Puedo decir con toda franqueza”, testificó el capitán Francisco de Bracamonte en 1572, “que sin [aquellos aliados olvidados] nunca hubiéramos conquistado estas tierras” (p. 215). Chuchiak basa su argumento en testimonios como el de Bracamonte no sólo para poner las cosas en su lugar, sino también para señalar que “los abusos cometidos contra [los auxiliares nativos] condujeron al cambio de las políticas de la Corona relacionadas con el sistema de encomienda, mano de obra indígena y servicios personales” (p. 177).

La forma en que Chuchiak enfoca las vicisitudes de la conquista en Yucatán y Blosser las de la frontera de Colotlán también se aplica a cómo Yanna Yannakasis describe el proceder y los logros de los “indios conquistadores” (p. 227) en la Sierra Norte de Oaxaca. De manera similar a la forma en que Asselbergs maneja las fuentes, Stephanie Wood investiga el *Mapa de Cuauhtlanzinco*, “una serie de pinturas en acuarela con breves textos en náhuatl” que rinden homenaje a “cuatro caciques locales que ayudaron e incluso lideraron batallas locales de conquista” (p. 255). Las virtudes de Cuauhtlanzinco, una pequeña comunidad en la parroquia de Cholula cerca de Tlaxcala, son elogiadas en una fuente que “enfoca toda su atención en sus líderes locales” al “[m]inimizar el papel de los españoles y, de hecho, suprimir en gran medida la presencia de cualquier posible tlaxcalteca rival en el entorno local” (p. 256). La contribución de Wood está agradablemente ilustrada con 25 figuras, una extravagancia visual incluso en blanco y gris.

Queda en manos de los editores Matthew y Oudijk resumir los procedimientos, lo cual hacen al reiterar que “la conquista de Mesoamérica pudo suceder y sucedió debido a la continuación de los patrones prehispánicos y la abrumadora presencia y participación de los pueblos indígenas mismos”. Sostienen que los relatos nativos no se ocupan “de traidores, de quejas ni de gente que siente lástima de sí misma”, sino más bien “de gente que cree en el proceso en el cual se ha involucrado”, aunque el drama termine en “desilusión” y “gran sufrimiento” (pp. 318-319). En esta coyuntura es cuando uno percibe el persistente entendimiento de que, aunque pelearon al lado del vencedor en más de una batalla, los pueblos nativos *no* surgieron como victoriosos tras la gran guerra de conquista, la cual aún continúa

en partes de Mesoamérica, sobre todo en Guatemala, donde las condiciones coloniales, no postcoloniales, siguen siendo la causa de la desgracia de la supervivencia indígena.

Matthew, Oudijk y sus colegas reconocen que los interrogantes de Brecht son retóricos. El baile de la victoria se perpetúa, en toda Mesoamérica, a un costo elevado para los pueblos nativos. Con esta adición importante a su destacada lista de títulos, *Indian Conquistadors* demuestra que la University of Oklahoma Press está a la vanguardia de las publicaciones en el campo de la etnohistoria. Sin embargo, la omisión de un índice analítico, parte vital de cualquier estructura conceptual académica, me parece sumamente curiosa. Quizá este descuido pueda rectificarse si esta importante obra colectiva se publica en una edición de pasta blanda en el futuro.—W. GEORGE LOVELL, Queen's University, Canadá.

Rafael Menjívar Ochoa: *Trece*, Guatemala, F&G Editores, 2008, 201 pp.

El escritor salvadoreño Rafael Menjívar Ochoa ha forjado una voz tan singular como representativa de su contexto generacional y latinoamericano. Su novela *Trece* llega a nosotros a través de la editorial guatemalteca F&G. A esta edición, aparecida en febrero de 2008, deben sumarse las impresas en México (2003) y Francia (2006). El número de mal agüero, ligado en el imaginario colectivo a la fatalidad y el misterio, permite al escritor estructurar obsesiones ya características de su quehacer literario.

Estas líneas pretenden subrayar la solidez y calidad del texto. Es cierto que Menjívar retoma tópicos bien conocidos en la historia literaria: dolor de ser, capacidad opresora del engranaje social, hastío como única constante existencial y presencia insoslayable de la muerte. No obstante, logra conferir originalidad a temas y personajes mediante una estructura eficaz y bien apuntalada por su camaleónico discurso.

Para empezar, el texto relata un *descenso a los infiernos*, manejando los principios de plazo y cuenta atrás desde perspectivas que cuestionan los referentes épicos del modelo. El trece, número de alto contenido simbólico pero, en apariencia, elegido al azar, establece límites a la angustia del protagonista: pasado este número de días, pondrá fin a su existencia, asumida como mera antesala de la muerte. El plazo funciona en dos direcciones distintas. En tanto principio regresivo, posee la paradójica capacidad de otor-